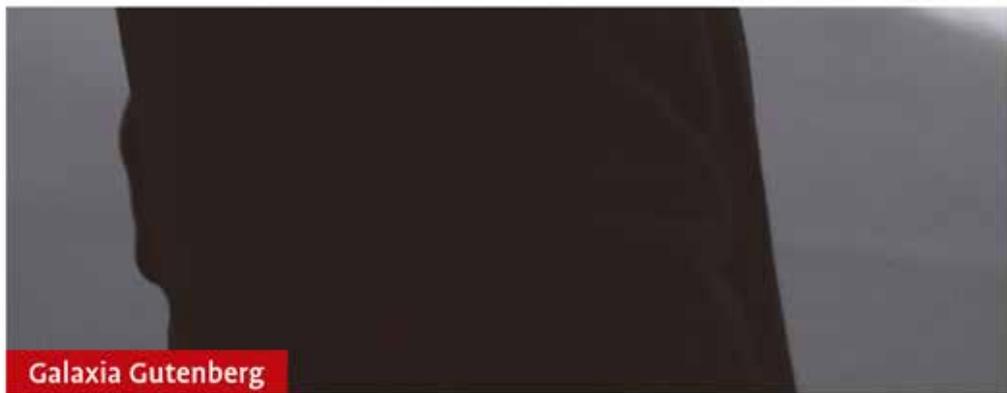




Theodor Kallifatides
Una mujer a quien amar

Traducción del sueco de Carmen Montes Cano
y Eva Gamundi Alcaide



Galaxia Gutenberg

THEODOR KALLIFATIDES

Una mujer a quien amar

Traducción de
Eva Gamundi Alcaide
y Carmen Montes Cano

Galaxia Gutenberg

SWEDISH ARTS COUNCIL

Esta traducción ha recibido una ayuda del Swedish Arts Council.

Título de la edición original: *En kvinna att älska*

Traducción del sueco: Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2025

© Theodor Kallifatides, 2003, 2025

© de la traducción: Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide, 2025

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 11512-2025
ISBN: 979-13-87605-04-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

Un viento del este, afilado como un tejón, me llevó a subir apresuradamente las escaleras que conducían al jardín de la iglesia María Magdalena, donde vi a Milena entre muchos hombres y mujeres con ropa oscura. Ella iba toda vestida de negro, lo que le realzaba la desnudez del rostro y del largo cuello, y le otorgaba el aspecto de un cisne doliente.

Al verme, dio unos pasos rápidos en mi dirección. Abrí los brazos sin pensarlo, como hacía cuando mis hijos empezaron a dar sus primeros pasos. En realidad, así era. La joven estaba dando sus primeros pasos en una nueva vida.

Olga estaba muerta.

Y ahora yo estaba acogiendo a su amiga más íntima. En lo resuelto del abrazo reconocí la energía de Olga. Siempre tuvo la capacidad de dejar atrás el cuerpo y de acariciar la mariposa negra del pecho con sus manos delgadas y fuertes.

—Tienes que ser fuerte —dije.

—Lo sé.

¿Quién estaba consolando a quién?

¿El hombre que pronto cumpliría sesenta y tres años o la mujer de treinta?

Milena se retiró de un modo tan afectuoso que más pareció un abrazo a la inversa. Hay personas cuya esencia es una caricia prolongada. Olga era una de ellas. Daba la impresión de que su amiga también había llegado a serlo.

No era de extrañar. Debido a las circunstancias, Olga no había sido sólo una amiga, sino también una hermana mayor y una madre.

No dejaba de llegar gente. Algunos eran griegos o medio griegos. Otros eran suecos o medio suecos. Varios eran rusos. Olga era un tercio griega, un tercio rusa y un tercio sueca. Su madre era rusa; su padre, griego, y ella nació en Suecia. Amaba Grecia con pasión y soñaba con terminar sus días allí. Pero también amaba Suecia con pasión y vivió sus días aquí. Rusia no ocupaba un lugar muy importante en su vida más allá de que idolatraba a Dostoyevski y Chéjov.

«Dostoyevski me convirtió en ser humano; Chéjov, en mujer», decía siempre.

Miré a mi alrededor. Conocía a algunas personas, ni mucho menos a todas.

Eran emigrantes de mi generación, habían envejecido, como yo; unos estaban marcados por las enfer-

medades, otros por el hecho de ser extraños, algunos habían quedado atrapados en un tiempo pretérito como moscas en la miel. También había varias personas más jóvenes, los llamados inmigrantes de segunda generación, y se veía que algunos ya se habían convertido en extraños.

Les estreché la mano a varios y después entré en la iglesia. Delante del altar se encontraba el ataúd con flores y velas, como si Olga fuera a casarse con la muerte. En cierto modo, era lo que iba a hacer. «Muerte, ¿aceptas a Olga para amarla y cuidarla por toda la eternidad?»

Me apresuré a sentarme en un banco y me puse a hojear la Biblia que había allí. En aquellos momentos, se me vinieron a la cabeza todos los pensamientos banales imaginables. Lo injusto que era, lo inesperado, que apenas tenía cincuenta y un años, lo mucho que le quedaba por hacer, ahora que por fin le había llegado el momento de disfrutar de la vida... y así sucesivamente.

Ante la muerte no somos nada originales. Por otro lado, la muerte tampoco es muy original. A veces puede llegar por sorpresa, pero sabemos que llega.

Las manzanas que rodean la plaza de Mariatorget y la iglesia de María Magdalena siempre han sido mi Estocolmo, con una estancia breve en la elegante zona de Lärkstaden. Fue a mediados de los sesenta,

poco después de mi llegada a Suecia. Me alojaba en régimen de pensión completa en la casa de la viuda de un coronel de infantería. El piso se encontraba en la calle Bragevägen y tenía más de doscientos metros cuadrados, ciento noventa y cuatro de los cuales eran para uso de la viuda y el resto, para mí.

¿Cómo logramos sobrevivir a aquella época? Ni tan siquiera podía plantearme la pregunta directamente a mí mismo, tenía que dar un rodeo para convertirla en una cuestión general. ¿Cómo logramos sobrevivir? Debería preguntar que cómo sobreviví yo, pero no me atrevía. No lo sabía, en realidad.

A Olga le gustaba mucho oírme hablar sobre aquella época. De cómo vivía en una habitación de seis metros cuadrados en la que sólo cabíamos una cacerola diminuta y yo. No podía hacer nada, ni cocinar ni recibir visitas. Aunque no me hacía falta cocinar. Por aquel entonces me dedicaba a fregar moldes en la pastelería Hartwig, que quedaba muy cerca, y mis emolumentos incluían una tarta del día anterior. Me agencié diecisiete caries nuevas en mi primer año en Suecia.

A Olga le gustaba sobre todo la historia en la que yo por fin conocí a una chica, nos metimos a hurtadillas con mil precauciones en mis seis metros cuadrados, nos tumbamos y nos dimos cuenta de que no tenía condones. Se negó en redondo. No cabía

más que volver a salir en busca de condones. Yo sabía que había un dispensador Adamsson en una calle por el cruce de Jarlaplan, pero no recordaba dónde exactamente. Estábamos a veinte grados bajo cero. Los primeros minutos fui deambulando con una erección considerable, pero cuando al fin encontré el dispensador, el miembro se me había encogido hasta convertirse en una miniatura de sí mismo. Creo que nunca había estado tan pequeño. Además, era incapaz de leer las instrucciones y de distinguir los artículos a la venta. Me pasé cerca de media hora toqueteando la máquina a tientas. Estaba a punto de morirme congelado. Al final salió un paquetito, no me preocupé de comprobar lo que era, volví a toda prisa a mis seis metros cuadrados y a la chica que me aguardaba. Su larga espera fue en vano. Y la mía también. Lo que había comprado era vitamina E. Aunque esa historia no era del todo cierta. Yo vivía en otro lugar cuando ocurrió.

Lärkstaden es una zona preciosa de Estocolmo, con grandes chalés, elegantes edificios de viviendas, callejuelas tranquilas. Pero aún casi cuatro décadas después era incapaz de pasar por allí sin sentir en mis entrañas cómo un roedor furioso despertaba a la vida y me entraban ganas de sentarme a llorar en cualquier sitio.

A veces ocurría que Olga me miraba con los ojos entornados, como si yo estuviera siempre a contra-

luz, y decía: «¡Si supieras lo grande que es tu dolor!». Por supuesto, yo protestaba. Sabía perfectamente lo grande que era mi dolor, pero aún no tenía capacidad para hacer algo con él. Mi dolor no era la pupa que se convertía en mariposa. Nunca dejaba de ser pupa, y allí dentro me encontraba yo como un espíritu en una botella.

Ahora estaba muerta. Ahora descansaba en el ataúd blanco con aquel cabello rubio y aquellos ojos verdosos.

En el banco que había detrás de mí se encontraba Sonja sentada con su último marido, no sabía con exactitud si era el tercero o el cuarto. Ella me cae muy bien, llegamos a Suecia al mismo tiempo, tenemos casi la misma edad y compartimos muchos momentos durante la época en la que los griegos que vivían en Suecia trabajaban contra la dictadura de Grecia. En nuestra patria fue una líder estudiantil muy célebre durante los gloriosos enfrentamientos con la policía que tuvieron lugar en Tesalónica a principios de los sesenta, hasta que se vio obligada a salir del país. Cuando nos vemos, a veces hablamos sobre los viejos tiempos, se podría decir que somos como compañeros de clase. Siempre he envidiado su alegría de vivir, sus aventuras amorosas, sus muchas empresas, sus muchos hijos. Acababa de volver a ser abuela. Olga era más severa. «Sus ganas de vivir me dan dolor de cabeza», decía siempre.

Sentí el brazo de Sonja en el hombro y me volví. Su mirada negra se veía desnuda.

—Cada vez somos menos —dijo, y me apretó el brazo con más fuerza.

Mi mezquindad no me traicionó.

—¡Tú también no! —respondí con un parpadeo.

Ella sonrió y le cogió la mano al marido. Él levantó la vista asombrado y apoyó la cabeza en el delicado hombro de Sonja.

No dejaba de entrar gente. Era miércoles por la mañana, pero se habían pedido horas libres en el trabajo, habían interrumpido sus quehaceres diarios para acudir al entierro, entre otras personas, una chica alta de color que no fui capaz de ubicar, y me pregunté qué haría allí.

Estábamos a comienzos de septiembre. Tres semanas antes había hablado con Olga por teléfono desde Gotland, donde llevaba desde principios de junio. La oí esperanzada, aunque a veces se le quebraba la voz, y me contó que estaba muy cansada de la quimioterapia. Acordamos vernos en cuanto yo volviera a Estocolmo.

Seguí con mi vida. Daba los largos paseos solitarios de siempre por la playa, mi mujer había vuelto a trabajar. Me fui haciendo cada vez más dependiente de mi estancia en Fårösund y fantaseaba con retirarme allí algún día, escogía cuidadosamente con la imaginación la que sería mi casa, hacía planes para

escribir un libro sobre la comarca, desde la fortaleza de Fårösund hasta la cantera de Bungenäs. Podría ser un buen libro.

La primera vez que visitamos aquel pueblecito, a principios de los setenta, bullía de vida. Había tres tiendas de alimentación, talleres, una fábrica de vellón, dos bancos, oficina de correos, quiosco de prensa, librería, cine, un hotel precioso, unos cuantos barcos de pesca.

Treinta años después, hay una tienda de alimentación, un banco, la oficina de correos se había fusionado con la tienda de radio y televisión; habían vendido los barcos de pesca, a excepción de uno que ahora utilizaban como crucero de recreo; habían cerrado el puesto de la artillería de costa, al igual que la fábrica de vellón, la librería y uno de los bancos; también el cine, excepto unas semanas durante el verano; la gasolinera vendía productos de alimentación y prensa; una pizzería había reemplazado la antigua pensión; el hotel se había convertido en viviendas particulares y en su lugar habían levantado apartamentos de nueva construcción que parecían barracas, y en la pista de tenis la maleza alcanzaba medio metro de altura.

¡Menudo libro podía resultar!

No tenía trato con nadie, pero sí intercambiaba algunas palabras con los vecinos. A veces con Anna, que tiene más de ochenta años, pero que aún

recorre cinco kilómetros en bici todos los días hasta el pueblo para hacer la compra; a veces con Birre, que se convierte en gotlandesa en verano como yo, y que se pasa los días enteros delante del ordenador traduciendo películas y series. Sólo al final de la tarde se la ve gateando por los arriates, seguida de cerca por su gato, que en una ocasión estuvo tres semanas desaparecido, pero regresó ileso y más contento que nunca.

A quienes más veo es a Barbro y a Göran, que viven en la antigua casa de Nisse, en la parcela de al lado. Nisse y Edith, su mujer, nos echaron una mano cuando nuestra joven familia llegó al pueblo. Edith murió primero; asistí a su entierro en un día caluroso de verano, me puse una camisa blanca con el cuello abierto porque no tenía corbata. Nisse continuó solo un tiempo, hablábamos a veces mientras fumábamos, aunque el médico se lo había prohibido. Pero era lo único que le quedaba, decía, y le daba igual el médico. Añoraba a «su chiquilla» de una forma espantosa, la vida sin una «mujer» no era vida. Todos los años celebrábamos su cumpleaños el diecisiete de julio con tarta, café y licor. Izábamos la bandera. Y Nisse se fue haciendo mayor y un verano, cuando llegamos, ya no estaba. Vivía en una residencia. Fui a visitarlo. Estaba dormido con la ropa puesta y la boca abierta. No lo desperté. Aquella fue la última vez que lo vi. Poco después falleció.

Para entonces ya nos habíamos ido de allí. Barbro, la hija, se hizo cargo de la casa con Göran, su marido, que sigue los pasos de Nisse. Ayuda a todo el mundo con todo. Aunque hay una cosa de la que es incapaz. Es incapaz de callar a sus gallinas, que suenan como cocodrilos agonizando cuando empollan los huevos. También hay un gallo, que es un tirano de primera categoría. Vigila cada paso que dan las gallinas, no para de pisarlas con una naturalidad que me saca los colores, y me detesta. En cuanto pongo el pie en su terreno, corre a mi encuentro con el pico en ristre.

Está celoso, y con razón, ya que sus gallinas son las únicas que han demostrado algún interés por mí en mucho tiempo.

Y así fue también en esta ocasión, quería pedirle prestada a Göran una cizalla, pero el gallo estuvo persiguiéndome hasta que me echó y por cierta solidaridad masculina dejé que se saliera con la suya. No quería demostrar que era más fuerte. Además, lo de la cizalla podía esperar. Estaba a punto de poner en marcha el cortacésped cuando sonó el teléfono. Dejé que sonara y me empleé con el extremo más alejado del jardín, donde crecen multitud de aguileñas que mi mujer mantiene todo el verano hasta que se marchitan, y sólo entonces puedo cortarlas, cosa que hago con cierta agresividad, porque nunca he logrado comprender por qué las cosas siempre salen como

ella quiere. Yo lo que quiero es cortarlas al principio. Y en cambio me veo obligado a dar un rodeo para esquivarlas, lo que me acarrea muchas molestias.

Me pasé más de una hora trabajando concentrado, después me senté en la hamaca con un café y la pipa para contemplar el esfuerzo perseverante de la hembra de papamoscas por alimentar a sus crías. No paraba desde primera hora de la mañana hasta última hora de la tarde. Iba y venía, y vi que seguía un patrón. Nunca volaba directa al nido, sino que antes hacía una escala siempre en la misma rama, comprobaba los alrededores con giros rápidos de la cabeza y, cuando estaba segura de que no había ningún peligro, volaba rápidamente al nido, donde cuatro picos se abrían de par en par. Pero, por lo general, sólo una de las crías conseguía algo. Las otras tres se quedaban sin nada. Me imaginaba que habría elaborado algún sistema para hacer un reparto justo, pero al cabo de unos días de observación quedó claro que no tenía ningún sistema.

Quien primero viene, primero muele, se podría decir. Pronto empezó a verse que uno de los polluelos era más alto que los demás y que se volvía más alto y más fuerte a medida que pasaban los días. Poco a poco empezó a tener competencia de otro de los polluelos, mientras que a los otros dos se los veía cada vez menos. Hasta que murieron y me pregunté qué haría la madre con los cadáveres. Continuó ali-

mentando a las dos crías que quedaban con igual perseverancia.

Era fantástico comprobar lo rápido que crecían. Al cabo de un par de semanas ya estaban listas para volar, pero no eran muy aventureras. Ejercitaban las alas de pie en el borde del nido y, cuando la hembra llegaba volando, volvían a ser crías y abrían la boca.

Al volver a nuestra casita, a principios de junio, estaba solo y Göran me dijo con una sonrisa enigmática que tenía invitados. No caí en lo que decía hasta que me enseñó el nido que estaban construyendo. Habían escogido el lugar con cuidado, estaba protegido del viento y la lluvia, y no muy visible en el espacio que quedaba encima de una viga y bajo el techo de la entrada. Ahora bien, los papamoscas no eran grandes constructores. El nido parecía más una vivienda transitoria, pero al parecer era lo bastante buena, porque al poco la hembra se sentó dentro a poner huevos. Lo único que se veía eran sus plumas grises y blancas cada vez que necesitaba moverse.

Y allí se colocó la entregada papamoscas gris, cuyo nombre en latín, *muscipapa ficédula*, parece el aria de una ópera. No se veía ningún macho de papamoscas. Y pronto llegaría el momento de que las crías echaran a volar. Una hermosa mañana saldría a la entrada y me encontraría el nido vacío.

Seguro que me daría pena, como cuando se termina una serie de televisión que te gusta. Me quedé allí

un ratito más, bajo el codeso, cuando de repente vi en la pantalla del móvil que me habían llamado mientras estaba ocupado con el cortacésped, un viejo Briggs & Stratton muy potente de 3,5 caballos que sonaban como cien.

«Llamada perdida», rezaba el funesto aviso, y me apresuré a ver qué me había perdido. No reconocía el número. Entré en la casa para llamar desde el fijo de toda la vida. ¿Quién sería?

El rey no, estaba en Öland, y el número era de Estocolmo. Otra sorpresa agradable no me esperaba. Resultó ser mejor aún.

Era Milena.

Somos viejos amigos. Antes de conocerla, ya sabía de su historia. Era de Kósovo y había participado activamente en la lucha por la independencia de la provincia. Y también había pagado un alto precio por ello. Las milicias la arrestaron, la encerraron en distintas cárceles, permitieron que la torturaran con toda la fantasía perversa de la que eran capaces aquellos verdugos drogados. Aun así, no dijo ni una palabra, no dio ni un solo nombre más que el suyo. Había pocos albanokosovares que no hubieran oído hablar de aquella joven valiente a la que no consiguieron doblegar. Al final los verdugos se cansaron y dejaron que abandonara el país.

Tenía veintitantos, era delgada y gris como mi papamoscas. Hablaba lo menos posible sobre el tiem-

po en las cárceles de la junta, sobre la tortura. Otros sacaron partido de esas historias, algunos se forjaron una carrera como autores o los canonizaron como héroes de la democracia.

Esas cosas no iban con Milena, ella guardaba silencio. Olga cuidó de ella y la llevó a Suecia. Eso fue en la época en la que trabajaba de técnica para lo que más adelante se conocería como la Dirección General de Migraciones.

Milena llegó aquí con todas las heridas abiertas y un corazón del tamaño de Funäsdalen. En poco tiempo, se convirtió en una fuerza que reunía a toda clase de criaturas exiliadas en Estocolmo. En su cuarto se abordaban problemas políticos, sentimentales y eróticos.

Recuerdo en particular una noche en la que unos chicos y chicas jóvenes debatían la delicada cuestión de la importancia del tamaño. Todos los que llevábamos bastante tiempo en Suecia hablábamos sin tapujos sobre pollas y coños, sólo Milena se empeñaba en llamar al pene «pájaro», que era uno de los innumerables sinónimos para el órgano sexual masculino en los Balcanes. Para el lector con gusto por lo enciclopédico puedo nombrar unos cuantos más. El príncipe, la familia, el pirata tuerto, la pata de palo, el secreto, el pistolero, el destornillador, entre otros.

La mayoría estaba de acuerdo en que un pene grande era preferible, pero Milena, que tenía unas

experiencias totalmente diferentes, adoptó una expresión afligida y dijo que no le gustaban los chicos de pájaro grande. Creo que no entendió por qué nos reíamos.

Aprendió sueco con una rapidez sorprendente, enseguida se puso a traducir a autores suecos y la primera vez que salió algo suyo publicado me invitó a una comida principesca con pescado a la sosa y ensalada de ajo. Era mi *royalty*.

Pero no tenía la intención de vivir fuera de su tierra para siempre. Regresó en cuanto lo permitió la situación y continuó donde lo había dejado cinco años atrás. Se lanzó a la política, la eligieron para integrar el gobierno municipal, organizó veladas culturales, la restauración de casas en ruinas, arregló la calzada que conducía al pueblo, nunca se casó. El maltrato le había arrebatado la oportunidad de tener hijos.

Durante años, el único contacto que tuvimos fue indirecto. Sabía de ella a través de Olga, que iba a visitarla al pueblo en verano. Recibía informes detallados sobre cómo se sentaban en la terraza de Milena por las tardes y contemplaban las elevadas montañas llenas de uranio; cómo tomaban queso de oveja y aceitunas y bebían vino seco mientras la cálida oscuridad del entorno se volvía como un ser vivo con mil manos acariciantes.

Las dos mujeres no estaban próximas en edad, Olga era bastante mayor. Sin embargo, alcanzaron

todo el grado de intimidad que se puede alcanzar sin ser una pareja de amantes, y probablemente más aún, puesto que en ocasiones una cama compartida puede llegar a ser un río innavegable que separa a dos personas. Milena veía a Olga como una hermana, los amigos de Olga eran sus amigos y los enemigos de Olga eran sus enemigos.

Ahora se encontraba en Estocolmo. En cuanto se enteró de la enfermedad de Olga, lo dejó todo y cogió un avión. Acababa de estar en el hospital. Cuando Olga la vio, sonrió con dulzura.

«¿Has venido porque me voy a morir?»

Eso le dijo, pero sin amargura, más bien firmemente convencida de que iba a superar la enfermedad.

—¿Cómo estaba? —pregunté.

—Ay, mi querido Thodori —dijo llamándome con mi nombre griego—, nuestra amiga se está muriendo. Lenta y dolorosamente.

Olga había adelgazado muchísimo, se le hacía muy difícil respirar, le daban violentos ataques de tos que la dejaban completamente extenuada, pero no se había dado por vencida.

—Voy de inmediato —dije.

—No hace falta. No va a ser una cosa rápida.

Ella quería quedarse todo el tiempo que hiciera falta. Prometí que llamaría en cuanto volviera a Estocolmo.

–Tengo muchas ganas de verte –dijo, y yo también tenía ganas de verla.

Después hablamos un poquito sobre nosotros, pero sin ánimo. En realidad sólo queríamos hablar de Olga.

Llamé a Gotlandsbolaget, la compañía de ferris. No había plazas hasta el 24 de agosto. Faltaba casi una semana, pero según Milena no iba a ser una cosa rápida. Así que cogí lo que había.

Después volví al exterior y vi que los papamoscas habían abandonado el nido. Otra partida que me perdí.